

CAPÍTULO XV

SIGLOS DIECIOCHO Y DIECINUEVE : FRANCIA

SIGLOS DIECISIETE Y DIECIOCHO : FONTENELLE, BAYLE.
— SIGLO DIECIOCHO, POETAS : LA MOTTE, JUAN
BAUTISTA ROUSSEAU, VOLTAIRE, ETC. — PROSISTAS :
MONTESQUIEU, VOLTAIRE, BUFFON, JUAN JACOBO
ROUSSEAU, ETC. — SIGLO XIX, POETAS : LAMARTINE,
VICTOR HUGO, MUSSET, VIGNY, ETC. — PROSISTAS :
CHATEAUBRIAND, MICHELET, JORGE SAND, MÉRIMÉE,
RENAN, ETC.

Anunciado, y muy netamente,
Fontenelle. por La Bruyère, el siglo XVIII
francés fué como inaugurado por
su enemigo Fontenelle. Sobrino de Corneille,
comenzó Fontenelle su carrera literaria con des-
preciables insulseces : églogas, óperas, tragedias
sin vuelo alguno, cartas de petimetres, y pudo
creerse en la aparición de un pálido imitador de
Voiture. Pero muy pronto, porque tenía el alma
misma del siglo XVIII, es decir, la afición a la
ciencia y la afición al razonamiento libre, se
reveló hombre muy serio ; y, porque tenía ingenio,
se reveló hombre serio muy divertido, lo cual es
raro. Compuso sus *Diálogos de los muertos*, muy

humorísticos, y, al mismo tiempo, a menudo
muy profundos; compuso sus *Conversaciones
acerca de la pluralidad de los mundos* (habitables);
y, porque era secretario perpetuo de la Academia
de ciencias, compuso sus deliciosos y, a veces,
asombrosos *Elogios de los sabios*, que pueden con-
siderarse como la mejor historia de la ciencia en
los siglos XVII y XVIII hasta 1740, próximamente.

Bayle, francés que vivía en
Bayle. Holanda por causa de religión,
periodista y lexicógrafo, dió
prueba, *Noticias de la República de las letras*, y en
su inmenso *Diccionario*, de una erudición muy
extensa, y, acerca de todas las cuestiones, sobre
todo filosóficas y religiosas, inclinó los espíritus a
un escepticismo absoluto. Fontenelle y Bayle
son los dos heraldos que abren la marcha del
siglo XVIII. Ahora, examinemos sucesivamente
a los poetas, y, después, a los prosistas de la
primera mitad de ese siglo.

Tan célebre en su tiempo como
La Motte. olvidado en el nuestro, La Motte
fué lírico, fabulista, orador dra-
mático, y hasta épico, en cierto modo. Escribió
odas mortalmente frías, fábulas a veces muy
ingeniosas, pero amaneradas y trabajosas, come-
dias, siendo la más notable *el Amante magnífico*,
aunque es bastante mediana, una excelente tra-
gedia que alcanzó uno de los más grandes éxitos
del teatro francés, *Inés de Castro*. En fin, como
era partidario de los modernos contra los anti-
guos, abrevió la *Iliada* de Homero en doce cantos,

tan fríos como sus poesías líricas. Tenía ideas paradójicas acerca de la literatura, y, poeta o creyendo serlo, estimaba que los versos enervan el pensamiento y los sentimientos, y que sólo en prosa se debería escribir. Contra tales tendencias reaccionó muy enérgicamente Voltaire.

Al lado de La Motte, pero mejor dotado como poeta, resplandecía también Juan Bautista Rousseau. Escribía poesías líricas muy frías como lirismo, pero bien ordenadas, y que, a veces, llegaban cuando menos a cierto grado de elocuencia. Desde Malherbe hasta Lamartine, los poetas franceses habían abandonado casi por completo la poesía lírica, o, al menos, la habían descuidado mucho; de suerte que J.-B. Rousseau benefició de su casi soledad, y, por espacio de cerca de un siglo, pasó por ser el más gran poeta lírico francés.

Muchas ridiculeces tuvo Le Franc de Pompignan, entre ellas la de una vanidad cándida que se echaba de ver tan pronto como pasaba del mediodía al norte de Francia; pero tenía conocimientos; sabía el hebreo, cosa bastante rara por entonces; frecuentaba asiduamente las literaturas antiguas; era muy ilustrado y tenía adoración por la literatura. Su tragedia de *Dido* tuvo éxito, sus *Cánticos sagrados* fueron bien acogidos, a pesar de lo que en contra ha dicho Voltaire, y merecían aquella acogida; en sus *odas*, con harta frecuencia frías, sólo algunas veces logró éxito; una vez, alcanzó un verdadero triunfo con su oda acerca de la muerte de Juan Bautista Rousseau.

Como poetas propiamente dichos, esto es todo lo que tenemos que señalar, con la ingeniosa y fría *Henriade* de Voltaire en la primera parte del siglo XVIII.

En cambio, son muy numerosos los poetas dramáticos, y no carecen de mérito. Recordemos la *Inés de Castro* de La Motte. Campistron, mediano discípulo de Racine (y por cierto que no puede haber discípulo de Racine, de tal manera es original Racine y de tal modo se relaciona su genio con su propio temperamento), compuso numerosas tragedias y óperas que obtuvieron el éxito de todas las obras de imitación, es decir, un éxito sin discusión, y que hoy día nos parecen el colmo del género fastidioso.

Vino luego Crébillon, vigoroso, enérgico, sacudiendo violentamente los nervios, rey del horror y de los espantos, no dejando de tener cierta analogía con Shakspeare, pero sin sagacidad, sin profundidad, no sospechando siquiera qué cosa es ser psicólogo o moralista; escribiendo mal y mereciendo en cierto modo el sobrenombre de «el Bárbaro» que le puso Voltaire.

Éste, poseído del demonio del teatro, sabiendo escoger hermosos asuntos y asuntos nuevos y originales, disponiéndolos con bastante habilidad para el teatro; aficionado además a la pompa, a la figuración, al ornato, y haciendo inclinar la tragedia hacia la ópera, lo cual no era en modo alguno un mal en su época; pero débil en la

ejecución, no creando nunca caracteres, porque no puede salirse de sí mismo, psicólogo y moralista tan mediano como Crebillon mismo, y substituyendo los análisis de pasión por tesis y lugares comunes filosóficos, dejó un teatro trágico que, hasta eso de 1815, hizo ilusión, pero que ha caído en un descrédito del que, muy probablemente, no se levantará.

Muy agradables son los poetas cómicos de esa época. Los más ilustres son Destouches, Regnard, La Chaussée. Destouches es el tipo mismo de esos autores cómicos del siglo XVIII que hemos hecho prever, que toman un retrato en La Bruyère, y con él hacen una comedia, y esto es lo que se llama una comedia de carácter. De este modo compuso *el Fanfarrón*, *el Ingrato*, *el Irresoluto*, *el Murmurador*, *el Disipador*, etc. A veces quiso ser algo original, como en *la Falsa Inés*, *el Filósofo casado*; a veces tomaba un asunto de una literatura extranjera y lo adaptaba con bastante habilidad a la escena francesa, como en *el Curioso impertinente*, sacado del *Quijote*, y en *el Tambor nocturno*, tomado de un autor inglés. Su versificación es hábil y correcta, sin otra cualidad.

En cambio, Regnard, aunque
Regnard. no deja de imitar con frecuencia a Molière, es un genio original. Tiene el numen cómico, alegría, arranque, chispa, y un verso cómico prodigioso, de increíbles flexibilidad y desenvoltura, muy superior, desde el solo punto de vista de la forma, al de Boileau y aun al de Molière, y que hace pensar en un

Scarron perfeccionado por Molière mismo y por los poetas italianos. De él quedan, llenos de vida, y, probablemente, imperecederos, *el Jugador*, *el Heredero universal*, *el Regreso imprevisto*, *los Menecmos*.

Tenía La Chaussée la afición de la novela burguesa, del folleto. De lo cual resultó que creó un género, lo cual no es poca gloria: creó el *drama*, es decir, la pieza de teatro en que burgueses, y no ya reyes y príncipes, nos enternecen con sus infortunios. A este género se le han dado todos los nombres posibles: cuando se le tomaba por una comedia, se llamaba comedia llorona; cuando lo tomaban por una tragedia, tragedia burguesa. Era el drama, tal como lo conocemos desde hace ciento cincuenta años, tal como existía ya, las más veces con el nombre de moralidad, en el siglo XVII, tal como Corneille, que lo preveía todo, lo había previsto y predicho en su prefacio de *Don Sancho*: « ... Diré más, caballero, la tragedia debe excitar compasión y temor, lo cual constituye una de sus partes esenciales, puesto que entra en su definición. Ahora bien, si es cierto que este último sentimiento no se excita en nosotros sino cuando vemos padecer a nuestros semejantes y cuando sus infortunios nos hacen temer la misma suerte para nosotros, ¿no es cierto también que podría ser excitado con más fuerza al presenciar desgracias ocurridas a personas de nuestra condición y a quienes nos parecemos en todo, que por la imagen de aquellas que derrocan de sus tronos

a los más grandes monarcas, con quienes no tenemos más parecido que el ser capaces de adolecer de las pasiones que arrojaron al precipicio a dichos príncipes, lo cual no siempre sucede? » Esa tragedia burguesa, escribála en verso La Chaussée, cosa que no está prohibida y que han hecho otros autores dramáticos cien años, y aun ciento veinte años después de él; pero es en cierto modo un error, pues es más inverisímil que burgueses se expresen en alejandrinos, que no que reyes y héroes se expresen con esa cierta solemnidad que lleva consigo el ritmo. Compuso pues en dicho género *el Prejuicio de moda*, *la Escuela de los amigos*, *Melánida*, muy enternecedor, *la Escuela de las madres*, etc. Hay que decir que, en cierto modo, escribió sistemáticamente sus piezas en verso, pues sus primeros pasos en literatura fueron una defensa de la versificación contra las doctrinas de La Motte.

En el sistema antiguo, pero con
Pirón. versos originales, Pirón, que había alcanzado poco éxito en la tragedia, escribió la deliciosa *Metromanía*, la cual, con *el Turcaret* de Le Sage, *el Malvado* de Gresset, las obras maestras de Marivaux y las dos grandes comedias de Beaumarchais, figura entre las siete u ocho comedias superiores que ha producido el siglo xviii.

En prosa, abundan en esa
Grandes prosistas. época los escritores, y aun los grandes escritores. Inmediatamente después de Fontenelle y Montesquieu. Bayle aparece Montesquieu, agu-

do, malicioso, sarcástico, ya profundo en las *Cartas persanas*, gran filósofo político y jurisprudente en el *Espíritu de las Leyes*, gran historiador filósofo en *la Decadencia del Imperio romano*. Profunda y difícil de aquilatar ha sido la influencia de Montesquieu sobre Voltaire, aunque éste lo niegue, sobre Rousseau, aunque éste se lo calle, sobre Mably, sobre Raynal, sobre los enciclopedistas, sobre gran parte de los hombres de la Revolución, quizá sobre las más grandes inteligencias del siglo xix. Como escritor, es conciso, recogido y brillante, buscando la agudeza, y encontrándola a menudo, buscando la fórmula, y encontrándola siempre. Tácito con mezcla de Salustio.

Le Sage y Saint-Simon, siendo
Le Sage. acaso éste más novelista que **Saint-Simon.** aquél, escribían en la misma época que Montesquieu. Saint-Simon relataba el siglo de Luis XIV porque lo había visto, y con inimitables brío y sentido de lo pintoresco, en una lengua del todo personal, a menudo incorrecta, siempre increíblemente firme, enérgica y dominadora. Le Sage, en el mejor de los estilos franceses, del más puro siglo xvii en esto, refería historias españolas en las que intercalaba muchas observaciones tomadas en París, y daba, en su admirable *Gil Blas*, el modelo mismo de la novela realista. Hemos de verle más tarde como escritor dramático.

También Marivaux hizo novela
Marivaux realista en su curiosísima *Mariana*,
Prévost. llena de tipos sacados de la vida corriente y dibujada con arte

menos firme pero tan justo como el de La Bruyère, y en su *Campesino pervertido*, de arte más burdo, pero muy interesante aún.

El abate Prévost, muy inferior, demasiado celebrado, insípido en general en novelas de aventuras, dió un día con un buen asunto: *Manón Lescaut*, y, aunque escrito tan mal como los demás suyos, este libro hizo derramar lágrimas que, creo yo, siguen corriendo.

En historia, daba Voltaire, con su Historia de Carlos XII, un modelo de narración rápida, viva, verdaderamente épica, y, en sus *Cartas filosóficas sobre Inglaterra*, un ejemplo de documentación exacta y de historia contemporánea estudiada con celo y pasión. En el teatro, en prosa, tenemos las bonitas comedias ligeras, muy chispeantes y mordaces de Dancourt, de Brueys y Palaprat, de Dufresny, y, luego, el teatro delicioso, a la vez caprichoso y observado, novelesco y psicológico de Marivaux, quien, en *el Legado, las Falsas confidencias, la Prueba, el Juego del amor y del azar*, se muestra verdadero heredero de Racine, el único, por cierto, que tenemos.

En la segunda parte del siglo XVIII, reina Voltaire. Multiplica los escritos históricos (*Siglo de Luis XIV*), filosóficos (*el Diccionario filosófico*), dramáticos (*Zaira, Mérope, Alzira* [antes de 1750], *Roma Salvada, Huérfano de la China, Tancredo, Güebros, Escitas, Irene*), cómicos (*Nanina, la Gazmoña*), novelescos (*Cuentos y novelas cortas*),

jurídicos (asunto Calas, asunto La Barre, asunto Sirven), y artículos, libelos y hojas sueltas sobre todo género de asuntos.

Pero ha llegado la segunda generación filosófica, y con ella Diderot, novelista filosófico (*la Monja, Santiago el fatalista*), crítico de arte (*Salones*), polígrafo (colaboración a la Enciclopedia). Juan Jacobo Rousseau, novelista filósofo en la *Nueva Eloísa*, publicista en su discurso contra *las letras y las artes*, y sobre *la Desigualdad entre los hombres*, pedagogo en su *Emilio*, moralista severo en su *Carta a M. d'Alembert acerca de los teatros*, seminovelista encantador, apasionado y apasionador en la autobiografía llamada por él sus *Confesiones*. Duclos, interesante aunque un poco frío en sus *Consideraciones acerca de la moralidad de este siglo*. Grimm, crítico astuto y sagaz, inteligentísimo en su *Correspondencia*; Condillac, preciso, sistemático, limitado, pero clarísimo en excelente idioma en su *Tratado de las sensaciones*; Turgot, filósofo economista en su *Tratado de la formación y distribución de las riquezas*.

La filosofía, la meditación acerca de los grandes problemas llenan casi todo el horizonte, en tanto que la literatura científica cuenta numerosos e ilustres representantes, siendo el más brillante de todos Buffon, con su vasta *Historia natural*. Sin embargo, en literatura pura pueden citarse aún grandes nombres: Marmontel da sus *Cuentos*

morales, su *Belisario*, sus *Incas* y sus *Elementos de literatura*.

Por su traducción en verso de las *Geórgicas* de Virgilio comienza Delille una hermosa carrera literaria que habrá de proseguirse hasta el siglo XIX; Gilbert tiene sátiras mordaces que recuerdan a Boileau, y una despedida a la vida que es de un bellissimo lirismo. Saint-Lambert canta con gracia las *Estaciones*, y Roucher trata el mismo asunto con una sensibilidad más viva.

El teatro. En el teatro, Gresset (un poco antes de 1730) da su *Malvado*, tan chispeante y escrito en versos muy felices, volviendo así a la tradición de la gran comedia en verso; Diderot, teórico y creador del drama en prosa, continúa a La Chaussée y da *el Padre de familia*, *el Hijo natural*, y *¿Es bueno? ¿Es malo?*, retrato de él mismo. Numerosos dramas del fecundo Mercier y de otros muchos. Ferviente también del drama, pero no alcanzando éxito más que en la comedia, da Beaumarchais sus dos encantadoras obras: *el Barbero de Sevilla* y *las Bodas de Figaro*.

Andrés Chénier. Casi en vísperas de la Revolución estalló un verdaderamente gran poeta, muy inesperado, Andrés Chénier, maravillosamente dotado en cierto modo en todos sentidos. Poeta del amor, recordaba a Cátulo y a Tibulo; poeta político, recordaba a d'Aubigné, pero con más lirismo; poeta elegíaco, tenía una gracia del todo helénica; poeta de la naturaleza, tenía la amplia

manera de Lucrecio; polemista en prosa, era singularmente elocuente. Segado por la tormenta revolucionaria en la flor de su vida, dejó fragmentos inmortales. Hubiera sido, sin duda alguna, el más grande poeta de Francia desde Racine hasta Lamartine.

Bernardino de Saint-Pierre. En prosa, su contemporáneo Bernardino de Saint-Pierre fué, en primer lugar, un hombre de genio, puesto que escribió la inmortal novela idílica *Pablo y Virginia*; luego, es un discípulo ameno y amable de Juan Jacobo Rousseau, como sintiendo hondamente la naturaleza en sus *Armonías de la naturaleza*; después, tiene considerable importancia en la historia literaria como creador de la literatura exótica, por todas las descripciones que ha hecho de muchos países: islas africanas, Asia, Rusia, Alemania, recorridos y estudiados por él.

Los oradores revolucionarios. Señalemos, durante el período revolucionario, los grandes oradores de las asambleas: Mirabeau, Barnave, Danton, Vergniaud, Robespierre; el autor trágico y autor de cantos nacionales, María-José Chénier; el autor de la *Marsellesa*, quien no logró éxito sino el día en que la hizo: Rouget de l'Isle, y lleguemos al siglo XIX.

El siglo XIX. A principios de este siglo tan brillante desde el punto de vista literario reinaba Santiago Delille, a quien hemos visto nacer en el siglo precedente.

Muy hábil versificador, pero sin fuego y sin muchas ideas, hizo traducciones muy distinguidas (Virgilio, Milton), poemas eternamente descriptivos (*el Hombre del campo, los Jardines, etc.*), y un chispeante poema satírico sobre la *Conversación*, que es, a juicio nuestro, lo mejor que ha escrito.

Grandes Poetas, Pero iban a nacer los grandes poetas. Despertados sin duda, excitados por el genio poético del prosista Chateaubriand, Lamartine, Victor Hugo, Alfredo de

Vigny formaron la primera generación de lo que se ha llamado los románticos. El romanticismo era la preponderancia de la imaginación y de la sensibilidad sobre la razón y sobre la observación. Lamartine vigorizó la poesía templándola en sus fuentes antiguas, y, por mejor decir, eternas: el amor, la religión, el sentimiento de la naturaleza. En sus *Meditaciones*, luego en sus *Armonías* y sus *Recogimientos*, despertó sentimientos por largo tiempo adormecidos, y conmovió poderosamente a las almas. En *Jocelyn* y la *Caída de un ángel*, ensanchando su marco, saliendo de sí mismo, contó, como él la imaginaba, la historia de un alma de sacerdote durante la Revolución, y, después, en la obscuridad de una parroquia rural; y, tal como la suponía, la vida de los primeros hombres, bárbara aún. A más de sus obras poéticas, escribió la *Historia de los Girondinos*, que es, casi toda ella, una historia novelesca de la Revolución, algunas novelas, algunos episodios autobiográficos, conversaciones de literatura, etc.

Menos sensible que Lamartine, Victor Hugo, aunque no carecía de sensibilidad, y más imaginativo, comenzó Victor Hugo por poemas líricos que recuerdan un poco la antigua manera, continuó por cuadros de Oriente, luego por meditaciones acerca de lo que le ocurría, y acerca de todos los asuntos (*Hojas de otoño, Rayos y sombras, etc.*); ya en completa posesión de su genio, afrontó, con las *Contemplaciones*, la gran meditación filosófica, y, con la *Leyenda de los Siglos*, el cuadro de historia, el fragmento épico. Es una de las más poderosas imaginaciones que el mundo ha visto, y un creador de estilo, que se ha hecho un estilo suyo, todo de visión y de color, y, también, todo de melodía y de orquestación.

En prosa, en la que le faltan parte de sus recursos, emplea magníficamente los que le quedan, y *Nuestra Señora de París* y *los Miserables* son, cuando menos por fragmentos, obras que mueven vehementemente a la admiración. Le veremos de nuevo en el teatro.

Alfredo de Vigny ha sido el más filósofo de estos tres grandes poetas, y es inferior a los otros dos desde el punto de vista de la imaginación creadora. Meditó muchísimo acerca de la existencia del mal sobre la tierra, acerca del infortunio de los hombres y acerca de la tristeza de las cosas; y, como los cantos desesperados son a veces los más hermosos, deja en las almas profunda repercusión. Algunos de sus poemas, como *la Botella al mar, la Casa del Pastor, la Ira de*

Sansón, figuran entre las más hermosas obras de la literatura francesa.

La segunda generación romántica, la que apareció hacia 1830, tiene por principales representantes a Alfredo de Musset y a Teófilo Gautier. Por cierto que no se parecían, pues el primero no sabía casi más que cantar su propia persona, sus placeres, sus ilusiones, sus enojos, y sobre todo sus dolores, eso sí, con una sinceridad y un acento que encantan siempre, y, a menudo, desgarran; el segundo, sobre todo artista, buscando sobre todo la belleza exterior y aficionado ante todo a reproducirla, cual si fuera un pintor, un escultor o un músico; pero, sea en verso, sea en prosa, excelente y prestigioso por demás en esas « transposiciones de arte ».

Los prosistas de esta mitad del siglo XIX francés tienen la particularidad de que son poetas, como también lo habían sido ya Juan Jacobo Rousseau y aun Buffon.

Son poetas; tienen como facultades esenciales la imaginación, la sensibilidad y el sentimiento de la naturaleza. Chateaubriand ha sido el promotor de todo el movimiento literario, ya en verso, ya en prosa, de todo el siglo XIX. Ha sido teórico literario, poeta épico en prosa, viajero, polemista, orador. Su gran teoría literaria se halla en *el Genio del Cristianismo* y consiste en sostener que las verdaderas bellezas poéticas residen en el

cristianismo. Sus poemas épicos en prosa son: *los Natchez*, cuadro de las costumbres de los salvajes de América, *los Mártires*, cuadro de la lucha del paganismo en su ocaso y del cristianismo en sus albores. Sus viajes son: *el Viaje a América* y *el Itinerario de París a Jerusalén*. Miembro de las asambleas parlamentarias, embajador, ministro, habló y escribió de la manera más brillante y más apasionada por las causas que él adoptaba. En fin, relatándose él mismo — cosa que no había nunca dejado de hacer, más o menos — en sus maravillosas *Memorias de ultratumba*, dejó, quizá como obra maestra principal, su obra póstuma. Su estilo, flexible, rico en color, y, sobre todo, abundante y musical, más musical que el de Juan Jacobo Rousseau, es un continuo milagro de arte.

En la misma época, pero falleció mucho antes que él, Madame de Staël, por medio de novelas curiosas e interesantes, pero que care-

cen de emoción intensa, *Delfina* y *Corina*; por medio de sus disertaciones acerca de varios sujetos siempre graves; por su libro *Acerca de Alemania*, el cual nos iniciaba a costumbres y a una literatura muy poco conocidas de nosotros, dirigía también a los espíritus hacia nuevas vías, pródiga de ideas que con frecuencia, y aun casi siempre, tomaba ella de otros, pero comprendiéndolas admirablemente, pensándolas de nuevo con profundidad y haciendo que parecieran nuevas aun a aquellos que se las habían dado.

Hasta los historiadores mismos eran poetas en esa primera mitad del siglo : Agustín Thierry, que reconstituía con ciencia pero con imaginación los *Tiempos merovingios*; Michelet, que, discípulo de Vico, veía en la historia el desarrollo de un inmenso poema, y en sus relatos de la edad media ponía la llama y la fiebre de su imaginación ardiente y de su solícita sensibilidad. Pongamos aparte a Guizot y a Thiers, que nacieron hombres de Estado, y que, aunque muy capaces de pasión, trataban : uno, de generalizar racionalmente y de « disciplinar la historia », según se ha dicho; el otro, sólo de abarcar con claridad los hechos y de encadenarlos con orden en una lengua límpida.

No estaban a salvo de este contagio los filósofos, y, si bien Cousin y la escuela ecléctica tenían, por el espíritu y por el estilo, estrechos lazos con el siglo xvii, Lamennais, primero en su *Ensayo acerca de la indiferencia en materia de religión*, luego en su *Esbozo de una filosofía* y en sus *Palabras de un Creyente*, el opasionado, fogoso y febril Lamennais, por una parte sufría la influencia del romanticismo, y, por otra parte, daba a los románticos la mayoría de las ideas que ponían ellos en hermosos versos.

En cuanto a la novela, estaba, naturalmente, muy penetrada del espíritu de la nueva escuela. Jorge Sand escribía novelas líricas, si así puede

decirse, y creo que, en este caso, es justa la expresión, que llamaban : *Indiana*, *Valentina*, *Mauprat*, *Juana*; y, sobre todo, *Lelia*. Más tarde, se calmaron sus bríos.

Hasta ocurría que un espíritu, nacido para ver de un modo admirablemente exacto la realidad, la veía en efecto; pero, por causa del tiempo o en parte por causa del tiempo, la asociaba a una imaginación que todo lo abultaba y deformaba, a una especie de megalomanía literaria, y tal fué el caso de Honorato de Balzac.

Sin embargo, cosa bastante natural, durante toda la época romántica hubo toda una literatura que en nada sufrió su influencia y que continuó simplemente el siglo xviii. En poesía, el muy chispeante, muy sagaz, y, a veces, muy elevado Beranger, cuyas canciones son casi siempre excelentes canciones, y, en algunos casos, son odas. El ingenioso, hábil, pero frío Casimiro Delavigne. En prosa Benjamín Constant, sobre todo orador y orador muy luminoso; además, filósofo religioso por su libro *Acerca de las Religiones*, y novelista, una vez, por su admirable relato medio autobiográfico : *Adolfo*.

Y clásicos : José de Maistre en sus consideraciones políticas (*Veladas de San Petersburgo*); aun en la novela : Mérimée, neto, preciso, cortante y perspicaz; y en fin, en la crítica Sainte-Beuve; verdad que comenzó por ser el teórico y el consejero literario del romanticismo; pero, pronto, casi desde 1830, desasiéndose del hechizo, se

convirtió en autor de *Port-Royal*, y, aunque de espíritu amplio y hospitalario porque era la inteligencia misma, muy decididamente clásico en sus preferencias, en sus sentimientos, en sus ideas, y hasta en su estilo.

Stendhal, puro hombre del siglo XVIII y exagerándolo casi por la sequedad de su alma y de su estilo, pareciendo anterior a Rousseau, puro materialista y escribiendo con una precisión y una desnudez a la vez natural y buscada, tenía notabilísimos dones de observación, y en la famosa novela *el Rojo y el Negro*, en la primera parte de *la Cartuja de Parma*, en sus *Memorias de un turista*, en fin, ha sabido dibujar caracteres con una claridad, una sobriedad, un vigor y un relieve que en muy pocos escritores se observan.

También en esa primera mitad del siglo XIX fué muy brillante el teatro. Por espacio de treinta o treinta y cinco años fué viva la lucha entre los clásicos y los románticos: los clásicos, defendiendo su ciudadela, el teatro francés, mucho más con su polémica en los diarios que con las obras, en general deplorables, que llevaban al Teatro Francés; los románticos, dando a esta misma escena casi todas las piezas de Victor Hugo (*Hernani*, *Marion de Lorme*, *Ruy Blas*, *los Burgraves*), y las piezas de Vigny (*Otelo*, *Mariscal d'Ancre*), y las piezas de Dumas padre (*Enrique III y su corte*, etc.). Entre ambas escuelas, aunque más cerca de la nueva que de la antigua, el hábil Casimiro Delavigne daba, casi siempre con éxito, *Marino Faliero*, *Luis XI*, *los Hijos de Eduardo*,

Don Juan de Austria; la muy bonita, pero sin apasionado interés, *Princesa Aurelia*, etc.

Un verdadero genio dramático aunque sin estilo, sin elevación de ideas y sin ideas, pero prodigioso constructor de piezas bien hechas, Eugenio Scribe, fué, tanto por sus dramas y comedias como por sus óperas, el gran proveedor de los teatros franceses desde 1830, próximamente, hasta 1860.

Comparten la segunda mitad del siglo XIX, en literatura pura, el romanticismo debilitado pero persistente, y el realismo. Teófilo Gautier daba aún, en 1853, sus

Esmaltes y Camafeos, que son acaso su mejor obra poética, y, más tarde (1862), el *Capitán Fracasse*. Hugo daba *los Miserables*, las segunda y tercera *Leyendas de los Siglos*, las *Canciones de las calles y de los bosques*, etc. Una tercera generación romántica, cuyo representante más saliente era Teodoro de Banville, y que procedía mucho más de Gautier que de Hugo y que de Musset, llevó a su grado extremo, y quizás de un modo excesivo, la galanura verbal y rítmica. Después aparecieron grandes, o, cuando menos, muy distinguidos poetas.

Leconte de Lisle, poeta filósofo, enamorado de la literatura india, Los Poetas célebres. enamorado de pesimismo, de afición a la nada y de sed de la muerte, imponiéndose a la admiración por una forma escultural y por un ritmo majestuoso;

Sully Prudhomme, filósofo también, principalmente psicólogo, manejando con gran arte la elegía lírica, y, sobre todo, penetrándola de una sensibilidad grave, triste y profunda que le habría hecho amar y admirar con respeto por Cátulo, Tibulo y Lucrecio; Francisco Coppée, el poeta de las alegrías y de los dolores de los humildes, muy hábil versificador, y de una sinceridad cándida que hace olvidar que tiene arte. Baudelaire, aficionado a sensaciones raras y a veces artificiales; tiene un estilo sumamente laborioso, pero consigue a veces producir honda impresión morbosa o lúgubre; considerado, por toda una escuela que existe aún, como uno de los más grandes poetas de toda la literatura francesa. Verlaine, en extremo desigual, a menudo detestable y despreciable, de repente encantador o enternecedor, o con un sentimiento religioso que hace pensar en un clérigo de la edad media. Cátulo Mendes, puro romántico, habilísimo como ejecución, pero cuya habilidad como versificador es asombrosa. En oposición a estos poetas aparecieron extraños refinados que querían renovar el arte poética atribuyendo más valor al sonido de las palabras que a su sentido, hacer de la poesía una música, y, de un modo general, quizás con especialidad, ser difícilmente comprendidos. Se dieron el nombre de simbolistas y aceptaron el de decadentes; consideraban como jefe, o por amigo que les honraba mucho, a Stéphane Mallarmé. Esta escuela no ha sido consagrada por obras maestras, y es posible que no tarde en ser olvidada.

Frente a toda esta literatura
Literatura que era de origen romántico, aun
realista. cuando ostentaba desprecio hacia
 los hombres de 1830, desarrollábase toda una literatura realista, compuesta casi exclusivamente de prosistas, pero de prosistas con notable tinte de poesía, que habían leído a los románticos, y que no habrían sido lo que han sido, de no haber existido el romanticismo, cosa que, por cierto, no han negado, y que casi todos han confesado. Flaubert, cuya obra maestra : *Madame Bovary*, es de 1857, perteneció por partes iguales a las dos escuelas; tenía asimismo y de un modo igual la afición a la gran elocuencia, a lo azaroso, al color oriental, etc., y la afición al hecho verdadero, vulgar, bien comprendido y presentado netamente con toda su significación. Pero, como ha alcanzado más éxito, cuando menos a los ojos de sus contemporáneos, como realista que como hombre de imaginación, ha quedado en la historia como el fundador del realismo, a condición, sin embargo, de que se considere a Balzac como dotado de notables facultades de realista vigoroso que han dado el impulso y que han podido servir de modelos.

Del realismo de Flaubert nació
 el « naturalismo » de Zola, que es
naturalismo. la misma cosa, más grosera. No obstante, por su talento enérgico, violento y tenaz, por una imaginación pesada pero poderosa, ejerció sobre sus contemporáneos una especie de fascinación que sería pueril considerar como un capricho sin causa.

Más fino, y aun sumamente fino, pero enamorado también del detalle característico, de sensibilidad amena y delicada, Alfonso Daudet nos encantó a menudo, nos interesó siempre en sus novelas, que son pinturas anecdóticas del mundo de fines del segundo Imperio y de la tercera República.

Enamorados del hecho excepcional y del carácter excepcional, y, también, de un estilo atormentado que seduce a veces por lo imprevisto, obtuvieron asimismo éxitos notables los hermanos de Goncourt.

Los positivistas. Renan. Dos grandes hombres han llenado con su nombre esa época que no dejó de ser brillante: Renan y Taine, ambos mitad historiadores y mitad filósofos. Renan ha escrito la *Historia del pueblo de Israel* y la de los *Orígenes del cristianismo*, y varias obras de filosofía general, siendo la más célebre la intitulada: *Diálogos filosóficos*. Taine ha escrito la historia de los *Orígenes de la Francia contemporánea*, es decir, la historia de la Revolución y varias obras de filosofía, cuyas principales son: *la Inteligencia* y *los Filósofos franceses del siglo XVIII*. Ambos son « positivistas », es decir, dependen del filósofo francés Augusto Comte, quien tiene su puesto en la historia de la filosofía, pero no aquí, por no ser un buen escritor; ambos son positivistas, pero Renan con un vivo y profundo sentimiento de la grandeza y de la virtud moral del cristianismo; Taine, con más rigor filosófico. Renan, con infinita flexibilidad de inteligencia, esforzándose en comprender bien — y, siempre con cierto exceso, en ponerlas lo más

cerca posible de nosotros — las grandes figuras de la Biblia, de los Evangelios y de los primeros cristianos y de sus enemigos hasta Marco Aurelio. Por otra parte, afirmaba la ciencia como valor *único* en su *Porvenir de la Ciencia*; por otra parte también, dándolas como « ensueños, » se permitía concepciones, hipótesis e imaginaciones metafísicas voluntariamente temerarias e infinitamente seductoras. Tenía, cual ocurre siempre, el estilo de su espíritu, flexible, sinuoso, ondeante, asombrosamente plástico, sutil y encantador, que motivó esta frase: « Está admirablemente hecho, y no se sabe con qué está hecho ».

Más rígido, haciendo los documentos y disponiéndolos con método, con un método que no quiere ocultarse, en un orden rectilíneo, avanzaba Taine paso a paso y con paso muy sentado hacia una verdad sólida y que no quería él que fuese inconsistente ni compleja. Muy pesimista y poniendo cierta afectación en serlo, así como Renan era optimista y lo ostentaba con mucha afectación, creía en el origen malo del hombre y en la necesidad de tenerlo bien sujeto para que sea inofensivo. Ha escrito una historia de la Revolución francesa en la que ha negado su admiración y su respeto a los crímenes que en ella se cometieron, razón por la cual comienza a ser severa para él la posteridad. Su estilo, muy sabio, es del todo artificial, tiene color sin que fuera Taine un colorista, hecho de metáforas prolongadas con esfuerzo; en resumen, singularmente imponente y robusto. Es un filósofo curioso, un historiador

probo, severo y un poco sistemático, un escritor sólido y laboriosamente original.

Brunetière, en fin, el último de los grandes pensadores franceses antes de la época propiamente contemporánea, fué crítico, historiador literario, filósofo, teólogo y orador. Como crítico, defendió la tradición clásica contra los novadores temerarios, y, sobre todo, la tradición moral contra la literatura licenciosa o grosera; como historiador literario, renovó la historia literaria por la introducción de la teoría curiosa, audaz y fecunda de la evolución de los géneros, y su *Manual de historia de la Literatura francesa* es una obra maestra; como filósofo, puso claridad y precisión en el sistema de Augusto Comte, de quien era él discípulo; como teólogo, logró, superando a Augusto Comte y « utilizándolo », apoyar el catolicismo en Francia encontrando nuevas y decisivas « razones para creer »; como orador, paseó su palabra maravillosamente elocuente en Francia, en Suiza y en América, pronunciando cien « discursos de combate ». Desde la muerte de Renan y de Taine fué el solo director del pensamiento francés, y sigue, por cierto, dirigiéndolo por sus libros y por la difusión de su pensamiento en los espíritus más vigorosos, más serios y más meditativos de nuestro tiempo.

Desde 1850, el teatro ha sido casi exclusivamente en prosa. Emilio Augier hizo todavía algunos dramas o comedias en verso, y sus versos son muy hermosos versos

El teatro contemporáneo.

de teatro; pero la mayor parte de su obra está en prosa, y Alejandro Dumas hijo y Sardou escribieron en prosa exclusivamente. Augier y Dumas hijo procedían de Balzac, y, cual conviene, tratándose de autores de comedia, eran realistas por temperamento. Estudiaron las costumbres del segundo Imperio y las pintaron con ingenio; estudiaron las cuestiones sociales que agitaban a los espíritus en aquella época y se inspiraron útilmente en ellas. Augier se inclinaba hacia el buen sentido burgués, lo cual no le impedía tener mucho ingenio; Dumas propendía algo más hacia la paradoja y tenía tanto ingenio como su rival. Victoriano Sardou, tan hábil constructor dramático como Scribe, y que a veces se elevaba a mayor altura, paseó su fácil capricho desde el gran drama histórico hasta la comedia de costumbres, hasta la comedia ligera y hasta la comedia insignificante, siempre con pasmosa facilidad y con fecundidad inagotable.

Los autores vivos más admirados, y a quienes, porque están aún en vida, nos limitaremos a nombrar, son, como poetas, Edmundo Rostand, autor de las *Musardises*; Edmond Haraucourt, autor de *el Alma desnuda* y de *la Esperanza del mundo*; Jean Aicard, autor de *Miette y Noré*; Jean Richepin, autor de los *Mendigos*, de las *Caricias*, de las *Blasfemias*, etc. En la novela, Paul Bourget, Marcel Prévost, René Bazin, Bourdeaux, Boylesve, Henri de Regnier; en historia, Ernest Lavisse; Aulard, Seignobos, d'Haussonville; en filosofía, Boutroux, Bergson, Teódulo

Ribot, Fouillée, Izoulet; en el teatro, Paul Hervieu, Lavedan, Bataille, Brioux, Porto-Riche, Bernstein, Pierre Wolff, Tristán Bernard, Edmond Rostand, autor de *Cyrano de Bergerac* y del *Aiglon*; como oradores, Alexandre Ribot, Poincaré, etc.¹.

1. El autor citaba también a DE MUN y a JAURÈS. Ambos no existen ya; este último fué asesinado apenas iniciada la guerra. — N. del T.

CAPÍTULO XVI

SIGLOS DIECIOCHO Y DIECINUEVE:
INGLATERRA

POETAS DEL SIGLO XVIII; POPE, YOUNG, MACPHERSON, ETC. — PROSISTAS DEL SIGLO XVIII: DANIEL DEFOE, RICHARDSON, FIELDING, SWIFT, STERNE, DAVID HUME.
— POETAS DEL SIGLO XIX: BYRON, SHELLEY, LOS « LAKISTAS ». — PROSISTAS DEL SIGLO XIX: WALTER SCOTT, MACAULAY, DICKENS, CARLYLE, ETC.

El siglo XVIII inglés (edad de la reina Ana, como dicen los ingleses) es como el mismo siglo francés: más fecundo en prosistas que en poetas. Sin embargo, como poetas, hay que mencionar a Thomson, descriptivo y dramático, cuyo profundo sentimiento de la naturaleza no ha dejado de tener influencia en los autores franceses del mismo siglo; Pope, descriptivo, traductor, moralista, elegiaco, muy inteligente y muy sagaz, de cuyos *Ensayo acerca de la crítica* y el *Ensayo acerca del hombre* se ha aprovechado mucho Voltaire; Eduardo Young, cuyas *Noches* obtuvieron un éxito prodigioso tanto en Francia como en Inglaterra, y que no contribuyeron poco a entenebreecer la literatura fran-